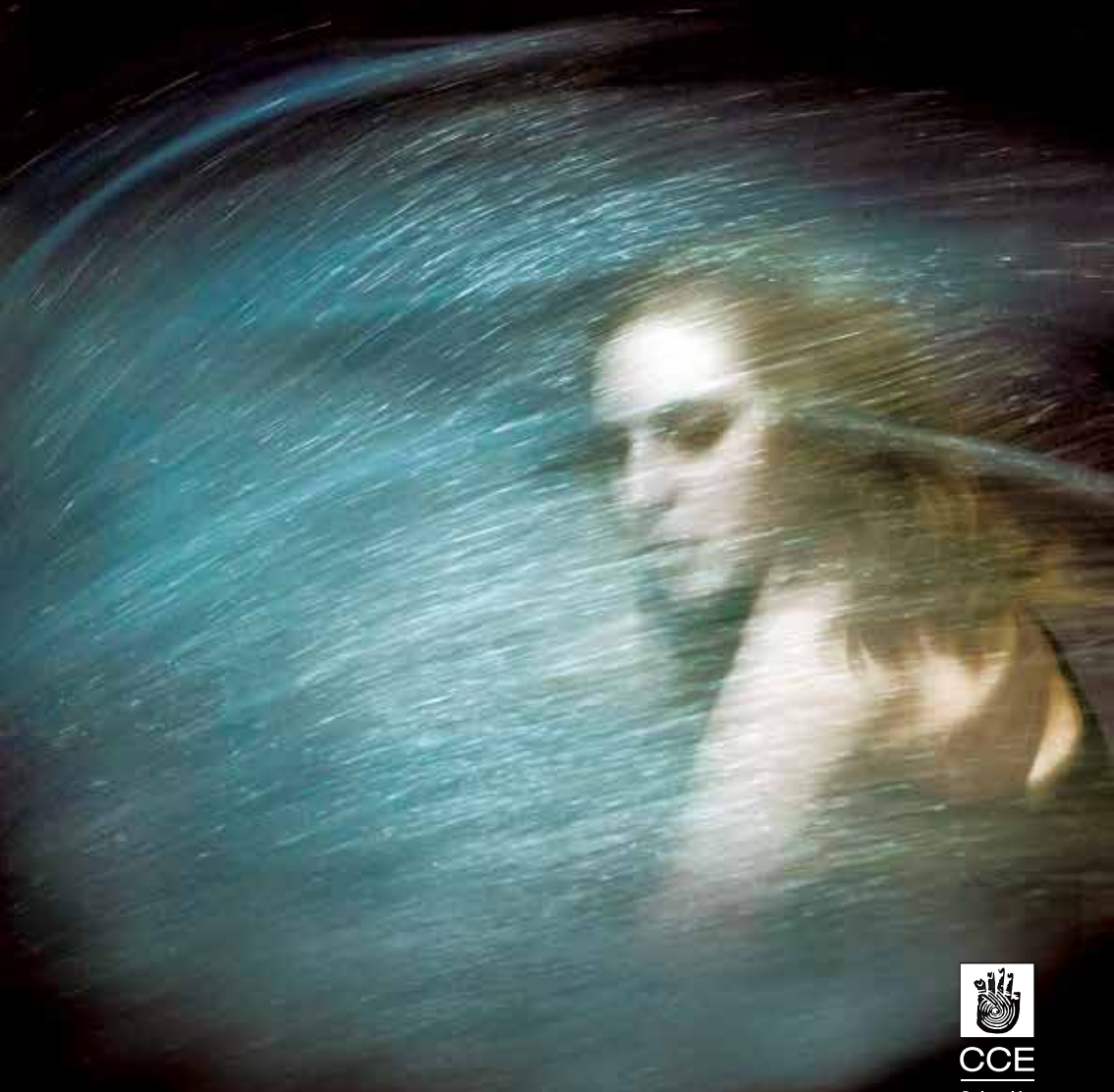


# El ojo de agua

Fabián García



CCE

Colección

CASA NUEVA



# El ojo de agua



Casa de la Cultura Ecuatoriana

2019

## **Casa de la Cultura Ecuatoriana**

---

Camilo Restrepo Guzmán  
Presidente Nacional

Patricio Herrera Crespo  
Director de Publicaciones

### ***El ojo de agua***

©Fabián García

ISBN: 978-9942-34-022-1

Corrección: Verónica Falconí Gallo

Fotografía: Isadora Romero

Diseño y diagramación: Fernando Murgueitio

Diseño de portada: Santiago Ávila S.



**CCE**  
BENJAMÍN  
CARRIÓN

Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión  
Dirección de Publicaciones  
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria  
Telfs.: 2 527440 Ext.:138/213  
gestion.publicaciones@casadelacultura.gob.ec  
www.casadelacultura.gob.ec  
Quito–Ecuador

Fabián García

# El ojo de agua



**CCE**

Colección

**CASA NUEVA**



*Para  
Ana María,  
Daniel y Alex*





## Bajo el puente sobre la quebrada de El Ocio

**E**scondido bajo el puente, a la altura del lugar que todos llaman El Montao, Leoncio Linian encendió una pequeña fogata para enfrentar el frío de la noche. Permaneció largo tiempo en cuclillas, con sus manos extendidas hacia las brasas. Observó las lenguas de fuego elevarse con resplandor, disiparse en las tinieblas para resurgir en su incandescencia y estallar en una chispa resonante que con urgencia daba comienzo a nuevos arrebatos fugaces. Las sombras a su alrededor bailaban con similar armonía y varios perros callejeros, ocultos a prudente distancia, ladraban amedrentados ante la presencia del desconocido.

Tan solo unas horas antes la vida de Leoncio Linian había tomado un rumbo incierto. Con la aurora a sus espaldas, Leoncio Linian se había dirigido por la ruta acostumbrada hacia su trabajo en la Zona Industrial II. Era una mañana esplendorosa, pero Leoncio Linian llevaba un ánimo no tan acorde. Tenía una cierta preocupación que tomó un rumbo hacia lo peor al aproximarse a la fábrica La Obsidiana, donde él, a pesar de no tener estudios formales, estaba encargado del mantenimiento de los compresores de aire. Advirtió que el portón metálico de entrada estaba cerrado y un grupo de obreros leía con atención un letrero que de ahí colgaba. Disminuyó el paso y se detuvo. Una mujer a quien él conocía como la cocinera de la fábrica, pero que nunca recordaba su nombre, creyó al pasar que Leoncio Linian se detuvo para saludarla.

—Buenos días, don Leo —dijo la mujer sin demora—. ¡Ay! Ni se moleste. Vea que han cerrado la fábrica por dos días. ¡Dos días tenemos libres! Imagínese que dicen que han despedido a una docena por querer organizar un sindicato.

Doña Lucha pasó de largo ante la estupefacción de Leoncio Linian.

—Pero bueno, que pase usted un buen día, don Leo —se despidió al alejarse—. Voy a aprovechar para unos mandados. ¡Buen fin de semana! —añadió riendo—. ¡Hasta el lunes!

Leoncio Linian regresó a verla y frunció el ceño ante la claridad solar. Examinó sin mayor atención las amplias nalgas de la mujer y un viejo maletín marcado con la imagen de AeroLux que doña Lucha siempre llevaba a cuestas.

No perdió más tiempo. Leoncio Linian se acercó al portón metálico, saludó con la cabeza a los presentes y leyó con atención el letrero. La sociedad anónima La Obsidiana estaría cerrada los días jueves y viernes, resumiendo las actividades normales el lunes siguiente. No se mencionaba despidos de personal, doña Lucha lo habría conversado con alguien. El letrero sí especificaba que el cierre no afectaría las remuneraciones.

Mientras Leoncio Linian se informaba, no cayó en cuenta de que varias obreras, que laboraban en la línea de ensamblaje, murmuraban a sus espaldas. No se despidió de ellas, puesto que pronto se encontró camino a casa, aunque tal trayecto también lo abandonó. Deambuló por horas y su trajín lo llevó por la zona de La Vaguada, incluso cerca de El Dedal, hasta adentrarse por la Zona Industrial I, que a esas horas parecía un pueblo fantasma si no hubiese sido por el constante fragor mecánico y los camiones de carga que pasaban levantando polvo. Prosiguió su errar por la Vía Sur y cerca del anochecer circunvaló el paseo La Ronda cuando cientos de trabajadores esperaban el transporte público para regresar a sus hogares, pero Leoncio Linian sabía que aún no podía volver al cuarto que arrendaba en el Comité del Trabajador porque ahí lo estarían buscando. Continuó a lo largo de las tapias llenas de grafiti de El Centurión, por los pasajes de El Sazán donde asaltaban los ladrones y nadie transitaba a deshora, y por el Parque de la Gardenia, a la altura de El Montao, donde el aire llevaba el olor industrial que le impidió quitarse de su mente la fábrica La Obsidiana.

Fue allí, bajo el puente sobre la quebrada de El Ocio, que caída la noche Leoncio Linian decidió hacer un alto. Se calentó las manos frente a la improvisada fogata y no se sorprendió ante el silencio tramposo que quedó cuando los perros callejeros se inquietaron y huyeron. Alguien se acercaba. Leoncio Linian se puso de pie, no con la intención de huir, pero intranquilo ante la posibilidad de ser encontrado por los buscones equivocados.

La sombra de Leoncio Linian se elevó por los arcos del puente. El paraje se oscureció, mientras él se iluminó sobremanera. Dio unos pasos hacia atrás hasta que alcanzó a escuchar que alguien emergía de entre los polvorientos matorrales. Leoncio Linian se sobresaltó y retrocedió de nuevo.

—¡Lilian!

Bajo la arcada opuesta del puente se deslizaron dos siluetas listas para evitar cualquier escape.

—¡Lilian!

El grito hizo un eco atronador. La figura de un hombre robusto y bastante panzón apareció detrás de la maleza. Se dirigió hacia la corta luz y a vista de Leoncio Linian, quien reconoció al jefe de bodegas de La Obsidiana y al estropeado bate de béisbol que colgaba de su diestra.

—¿Dónde has estado Lilian? ¡Te andábamos buscando!

Leoncio Linian permaneció impávido.

—¿Cuándo pensabas regresar a casa, Lilian? ¿Te ibas a pasar toda la noche bajo el puente?

No contestó. Los dos hombres a la retaguardia se acercaron, guardando su distancia.

—¿El ratón se te tragó la lengua? ¡Carajo! ¿Dónde has estado?

El jefe de bodegas se veía enojado, pero su tono amenazador perdió vigor al darse cuenta de que Leoncio Linian no tenía una fuga en mente.

—Dicen que estuviste por la fábrica, así que sabes que la cerraron hasta el lunes.

Los perros ladraron en la oscuridad.

—¿Sabes qué más dicen? Que ayer te llamaron a la oficina. Que estuviste hablando con administración. ¿Cierto? ¿Es eso cierto?

Leoncio Linian asintió con la cabeza.

—¡Tú nos traicionaste, Lilian! ¡Tú diste nuestros nombres! Les diste toda la información que querían, ¿cierto? ¿Qué te ofrecieron, Lilian? ¿Más dinero? ¿Que no te iban a despedir como al resto?

El jefe de bodegas esperó en vano una respuesta.

—¿Te ofrecieron un mejor puesto, Lilian? —El jefe de bodegas echó una risotada—. ¿Mi puesto?

—No les di nada.

—¡Mentiroso de mierda! ¡Tú nos traicionaste, Lilian!

—No. Ellos ya sabían todo. Tenían una lista de nombres, incluso gente que no tenía nada que ver con lo del sindicato. Sabían hasta que nos reuníamos aquí, abajo del puente para hablar.

—¡Tú! ¡Tú les dijiste todo lo que querían saber! ¿A cambio de qué? ¿Qué te ofrecieron?

—Dijeron que les iban a indemnizar a todos. Pero si no, iban a sacarles sin nada, para que se arme el lío, que se meta hasta el ministerio de trabajo. Que no les importaba dijeron. Pero que todos en la zona dos iban a saber de ustedes para que nunca más nadie les dé trabajo.

Leoncio Linian hizo un breve silencio.

—¡Qué cojudo, Lilian! ¡Qué cojudo que eres! ¡Carajo! Cómo te dejas engañar así —protestó el jefe de bodegas con robustecido enojo—. Cómo puedes ser tan cojudo. ¡Creerte tanta pendejada! ¡Si querían lío, se les daba lío pues! ¡Pendejo de mierda! ¡Se les daba lío!

En su impaciencia, el jefe de bodegas lanzó el bate de béisbol sobre la pequeña fogata. Las llamas se ahogaron por un instante y anaranjados destellos de calor se esparcieron por el aire. Leoncio Linian decía la verdad. El jefe de bodegas lo sabía.

—Lilian, ¿no te das cuenta de que si alcanzábamos a organizar el sindicato no podían botar a nadie? ¿O que el ministerio igual habría

obligado a indemnizarnos? ¡Lo que hiciste fue denunciarnos, verificarles quiénes estábamos metidos en esto! ¿Te das cuenta, Leo? ¿Y para qué? ¿Para que mantengas tu trabajo limpiando los malditos compresores? ¡Porque para eso te quieren, para que pases ocho horas diarias de pie, vigilado para que no les cagues sus putos compresores! ¡Vigilado con cámaras para que no te robes nada y no estés perdiendo el tiempo cagando en el baño! ¡Para eso te quieren! ¡No para puestos más altos porque saben que eres un traidor! ¡Porque eres un traidor, Lilian! ¿No te advertimos que no confíes en ellos? ¿No dijimos que nadie podía decir nada? ¡Nos traicionaste Lilian! Y no te das ni cuenta.

El fuego había cobrado su ímpetu y abrazaba el ennegrecido extremo del bate. El sonido del fuego acompañó la tranquilidad que cundió bajo el puente sobre El Ocio.

Los dos hombres que cubrían un posible escape se aproximaron con lentitud. Se mantuvieron en la penumbra y Leoncio Linian no intentó identificarlos.

—Estábamos en esto juntos, Leo —dijo el jefe de bodegas con desilusión—. Crees que lo hiciste con buena intención, pero no te das ni cuenta el daño que nos hiciste. Y eso es lo peor, porque de una persona mala sabes que siempre te va a querer joder, pero de un tonto no se puede saber con qué mierda te va a salir la próxima.

Leoncio Linian se sintió avergonzado. Había actuado de buena fe. Nunca quiso perjudicar a nadie. Había gente inocente que no debía perder su puesto. También había otros, como el jefe de bodegas, que aún podría conseguir empleo en otra fábrica.

—Si quiere, voy mañana mismo y renuncio —dijo Leoncio Linian con resolución.

—¡Déjate de huevadas, Lilian! ¿Qué vas a solucionar con eso? ¿Qué sacamos con otra familia pasando hambre?

Leoncio Linian se sintió perdido. Había creído actuar con nobleza, pero fue mal recibido por un corto silencio que pronto se rompió.

—Bueno —dijo dubitativo el jefe de bodegas—, en todo caso Lilian, tienes hasta el lunes para pensarlo.

Para ver el libro completo  
adquiérelo en nuestra Librería  
de la Casa, aplican precios de  
promoción por la FILQ 2020

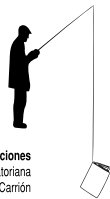
Para ver el libro completo  
adquiérelolo en nuestra Librería  
de la Casa, aplican precios de  
promoción por la FILQ 2020



Para ver el libro completo  
adquiérelolo en nuestra Librería  
de la Casa, aplican precios de  
promoción por la FILQ 2020

# Índice

Bajo el puente sobre la quebrada de El Ocio . . . . .	9
Un miércoles fuera de lo común . . . . .	15
La enseñanza del chamán . . . . .	19
Algún rastro de universalidad . . . . .	25
En la península . . . . .	35
Esta crisis es falsa . . . . .	41
En la soledad de la huerta . . . . .	45
El lounge de Telma . . . . .	49
La noche de los Rugeles . . . . .	57
Nuestro refugio en Cuenca . . . . .	65
Tu piano . . . . .	69
El corazón del Oriente . . . . .	73
Un fundado temor de persecución . . . . .	77
Cada lección es un tríptico . . . . .	83



Dirección de Publicaciones  
Casa de la Cultura Ecuatoriana  
Benjamín Carrión

***El ojo de agua***

de Fabián García

se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2019  
en la Editorial Pedro Jorge Vera  
de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

“Sin embargo, desde que falleció Don Eusebio la huerta nunca fue la misma. Los jornaleros, supersticiosos como suelen ser, murmuraban que el alma de Don Eusebio se había llevado consigo la savia que nutría a su terreno preferido. Incluso hablaban de voces y ruidos extraños por esa huerta, donde nunca más floreció planta alguna.

Nadie se dio cuenta que desmantelé el invernadero y quemé su cubierta translúcida de plástico. Ningún jornalero me preguntó por qué monté alambre de púas a la sombra de aquellos altos y marchitos cipreses. Ninguno se sorprendió cuando entubé el infame ojo de agua para rebosar un estanque que pronto se llenó de algas y renacuajos. Ni siquiera el hijo de Don Eusebio reconoció los pantalones de su padre en el espantapájaros que coloqué donde una vez un rosal trepador se mostró en todo su fulgor. Lo único que me ordenó fue no usar más abono del gallinero porque no soportaba tal pestilencia.”

